





Cuando nos conocimos...

¿Recuerdas, amor, el instante en el que nos conocimos?
¿Aquellas palabras precisas que ambos nos transmitimos?
O ¿quizá la vestimenta del día en que coincidimos?
Dime algo vida mía, al detenerse el tiempo, ¿Qué hicimos?

Cuéntame tú, mi cielo, si es verdad o es que exagero,
pues, parece que fue ayer, en ese instante certero,
que nacimos al mirarnos, allí, cuando coincidimos.
Magnífica sensación, ¡que dicha!, nos conocimos.

Recuerdo mirar tus ojos, hermosos como la luna,
la firmeza de tus manos, estables como ninguna,
tu cabello deslizándose sobre tu espalda segura,
tus caderas tan hermosas ¡Oh! ¡Qué magnífica figura!

Al verte, en ese instante, mi fuerza me abandonó,
y de inmediato aumentó el latir del corazón.
No había corrido el tiempo y, sentí, te engalanó
tu sonrisa tan divina, sin pensar me cautivó.

Y compartimos palabras y muchísimas miradas,
mientras que ya nuestras almas se sentían más que amadas.
Y el reloj dejó el tic tac para poder contemplar
si era posible el milagro de volverse a enamorar.

Y sin sopesar el tiempo, sin detallar el momento,
pasamos de la charla abierta al acto con sentimiento,
donde el silencio abrió paso a notas sonoras de cuerpo
y bebimos miel de amor, cual si fuera un anticuerpo.

Caricias y muchas palabras, brotaron de nuestros ojos,
y se gritaron amores, calmamos nuestros antojos;
y más se fortalecía el sentimiento de un día
que nació siendo amistad, y ahora tú ya eres mía.

Y así van pasando días, de amores y de certezas,
de sabernos bien amados, de risas y de promesas,
del día a día vivido, de apoyarnos y elegirnos,
y declaramos al cielo: ¡para siempre, hoy seguimos!

